

EXPOSICIÓN TEMPORAL

BERNARDO REYES, MIENTRAS LOS OTROS SIGUEN SU CAMINO, CUÉNTAME A MÍ TU HISTORIA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2009

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA, CASTILLO DE CHAPULTEPEC

CÉDULA INTRODUCTORIA

El 15 de septiembre de 1906 Porfirio Díaz cumplió 76 años. Luego de su sexta reelección como presidente de la República ese año, el general Díaz comenzaba el que se creía debía ser su último periodo gubernamental. Dos fechas se asomaban en el no tan lejano horizonte de 1910, y los políticos se preparaban para ajustarse a la realidad: el Centenario de la Independencia y las elecciones presidenciales, en las que ya podían imaginarse un México sin el octogenario don Porfirio. Entonces, la publicación de la entrevista que el presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman en el Castillo de Chapultepec agitó las conciencias.

Los acomodados de los grupos políticos dominantes trataron de ser discretos hasta 1908. Los posibles sucesores de Díaz apenas eran murmurados: con voces bajas que no querían afrentar al viejo presidente ni violentar la paz política, se pronunciaban los nombres del general Bernardo Reyes, del ministro José Ives Limantour y del vicepresidente Ramón Corral. De los tres, era Bernardo Reyes quien se acercaba más a sustituir al anciano don Porfirio.

Hombre que nació a la vida pública durante la guerra de intervención francesa, Bernardo Reyes, destacó como gobernante firme y modernizador del estado de Nuevo León a lo largo de las décadas porfirianas. También fue memorable ministro de Guerra, autor de la reforma con la que el ejército mexicano entraba al siglo XX.

En vísperas del Centenario de la Independencia, el país se preparaba para iniciar una nueva etapa de su historia. Una decisión política de Porfirio Díaz y el triunfo del maderismo marcaron su destino: estallaría la Revolución Mexicana. Bernardo Reyes, el militar que creció con Juárez y maduró con Díaz, moriría en los albores del movimiento revolucionario como oponente de Madero, en uno de los más oscuros episodios: la Decena Trágica.

SIGLO XIX CONSERVADORES Y LIBERALES

Hacia 1850 México se debatía en medio de una de sus crisis más profundas, al tiempo que se ventilaban cambios que habrían de definir el rumbo del país. Recién concluía la

intervención norteamericana, que significó la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio.

Ocurría al mismo tiempo un recambio generacional, que acabó por enfrentar dos posiciones ideológicas que venían perfilándose desde la consumación de la Independencia. Por un lado, una tendencia conservadora orientada a la integración unitaria y hasta monárquica del país. Por el otro la tendencia liberal, decidida a secularizar completamente México e implantar a plenitud un orden político republicano. Todo ello provocó la Revolución de Ayutla y tras ella la confrontación de la Guerra de Reforma. El resultado fue el triunfo del partido liberal.

Sin embargo, un nuevo y más trascendente acontecimiento trastocó la paz del país: la Intervención francesa y la implantación del Imperio de Maximiliano. Con el triunfo de la república, México inició una nueva y larga etapa constructiva. Fue el tiempo de la vigencia del Liberalismo pero también del mando firme, casi dictatorial, de un solo hombre: Porfirio

Díaz. En este contexto se desarrolló Bernardo Reyes, a quien le tocó ser uno de los constructores de esta etapa de la historia mexicana.

Invasiones extranjeras

Como ocurrió en todo el norte de México, el estado de Nuevo León se vio directamente impactado por la imposición de una nueva frontera en 1848 sobre el río Bravo, tras la invasión norteamericana. La entidad había sido ocupada por el ejército estadounidense que, para tomar Monterrey, libró cruentas batallas con el ejército mexicano en septiembre de 1846.

Más tarde, durante la crisis que acarreó la posguerra, sus pobladores se mostraron proclives a la ideología liberal, de ahí el gran apoyo que obtuvo Santiago Vidaurri al adherirse al Plan de Ayutla para derrocar a la dictadura de Antonio López de Santa Anna. Desde entonces, este personaje mantuvo el control político de la entidad durante casi una década, haciendo uso de las rentas federales en beneficio de una autonomía regional.

Finalmente, con la Intervención francesa y el establecimiento del Imperio de Maximiliano llegó la hora de las definiciones. Así surgieron otros jefes nuevoleonenses en apoyo a la causa de la república y al gobierno de Benito Juárez.

Entre ellos Mariano Escobedo se destaca por su visión nacional, en tanto que Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo mantuvieron una actuación más regional.

República liberal

Si bien el gobierno de Benito Juárez había salido triunfante ante el Imperio de Maximiliano, la reconstrucción de la república implicó un periodo de inestabilidad política que se prolongó de 1867 hasta el inicio de la década de 1880.

Como lo estipulaba la Constitución de 1857, México debía ser una república liberal de corte federal. La pugna se entabló entre el grupo de civiles en el poder, con Juárez a la cabeza, y los militares, cuyo liderazgo visible era Porfirio Díaz.

El resultado fue la rebelión de La Noria, encabezada por Díaz en 1872, quien al fracasar, nuevamente se levantó en 1876 enarbolando el Plan de Tuxtepec, hasta que finalmente se hizo del poder en 1877.

Cabe destacar que durante ese movimiento, Porfirio Díaz estuvo a punto de tomar la ciudad de Monterrey, pero fue derrotado en la hacienda de Icamole.

Familia Reyes

El tronco paterno del general Bernardo Reyes se inicia con Doroteo Reyes, quien llegó a Guadalajara desde Nicaragua hacia 1829. Más tarde llegó desde Centroamérica su hijo Domingo Reyes –el padre de Bernardo–, que al poco tiempo se nacionalizó mexicano.

Domingo Reyes ingresó a la guardia nacional de Jalisco y más tarde participaría en diversos eventos políticos y militares, destacándose como un ferviente partidario del liberalismo, hasta su muerte en 1862. La madre de Bernardo, por su parte, pertenecía a la familia Ogazón y Velázquez, también afín a las ideas liberales.

Como era común en su época, Domingo Reyes casó, a la muerte de su primera esposa, con la hermana de ésta, Juana Ogazón, de cuya unión nació Bernardo el 20 de agosto de 1850, aunque López Portillo y Rojas y Alfonso Reyes mencionan 1849 como el año de nacimiento.

Bernardo Reyes contrajo nupcias el 4 de noviembre de 1872 con Aurelia Ochoa, oriunda de Zapotlán el Grande, Jalisco. Con ella forjó una extensa familia, entre quienes destacaron sus hijos Rodolfo y Alfonso Reyes, este último, el gran escritor nuevoleonés universal.

Historia de un militar

Bernardo Reyes nació en Guadalajara, donde hizo sus primeras letras. Se unió al ejército a los catorce años, ante la Intervención francesa. Luchó en Michoacán y en 1866 era teniente segundo de la guardia nacional de Jalisco y después teniente de caballería. En 1867, como parte del cuerpo de lanceros de Jalisco, estuvo en el sitio de Querétaro, siendo testigo del fin del Imperio de Maximiliano.

En la República Restaurada fue oficial de la cuarta división de caballería, en Sinaloa. Para 1870 auxilió al general Donato Guerra. Más tarde participó con el general Ramón Corona contra Manuel Lozada, *el Tigre de Álica*, lo que le valió un ascenso a teniente coronel.

Fue leal al gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada durante la rebelión de Tuxtepec y a su caída, debió entregar el mando. Aún así, Porfirio Díaz lo condicionó a demostrar su lealtad. Esto ocurrió en Sinaloa en 1880, al enfrentar a unos rebeldes en Villa Unión, donde lanzó una carga de caballería que arrolló a los enemigos –combate en el que Reyes fue herido en la muñeca derecha, que le dejó secuelas permanentes–.

Por ese hecho de armas fue elevado al rango de general de brigada y asignado al mando de la comandancia militar del noroeste del país, donde medió ante el conflicto entre los pueblos yaquis y mayos, y las elites sonorenses –que pretendían despojar a los indios de sus tierras–. También combatió a los apaches en el norte de Sonora. Después marchó a San Luis Potosí y de allí pasó en 1885 a Nuevo León.

Un comandante en el noreste

Al asumir la presidencia por segunda vez en 1885, Porfirio Díaz tenía necesidad de controlar al país con una política centralizadora. En especial el noreste, una región caracterizada por la inestabilidad y que no estaba en condiciones de servir de plataforma para las transformaciones económicas que ya se preveían, como eran los ferrocarriles.

Por otra parte aún subsistían cacicazgos «localistas exagerados», y en Nuevo León, eran muy propensos a la confrontación y recelaban del gobierno nacional. Además, eran amigos cercanos del ex presidente Manuel González. En este grupo destacan, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo y Genaro

Garza García.

Por tanto, dada su situación estratégica al colindar con Estados Unidos, Porfirio Díaz encomendó a Bernardo Reyes mantener el control político y militar de la frontera noreste del país, al nombrarlo comandante militar de Nuevo León en 1885. El objetivo de Díaz era que ningún grupo político pretendiera utilizar esta región como plataforma para alterar el orden de la nación –como él mismo lo había hecho durante el movimiento del Plan de Tuxtepec–.

Desarrollo en Nuevo León

Para la década de 1880, se conjugaron varios factores para incentivar el despegue económico del estado, de los que fueron determinantes la cultura manufacturera previa, la construcción de los ferrocarriles, la aplicación de impuestos proteccionistas de Estados Unidos y la paz social. También la presencia del general Bernardo Reyes sirvió de garante y seguridad al desarrollo, convirtiendo a Monterrey en una capital floreciente.

A fines del siglo XIX todo Nuevo León y el noreste de México carecían de una infraestructura carretera que permitiera el desarrollo económico. Desde la época colonial, la comunicación terrestre se reducía a simples callejones polvorientos que durante las lluvias imposibilitaban el tránsito de las carretas.

Por otra parte, en los caminos abundaban contrabandistas, bandoleros y ladrones de ganado.

Con la construcción de los ferrocarriles las cosas cambiaron radicalmente.

La primera compañía en tender sus vías fue el Ferrocarril Nacional Mexicano, que desde Nuevo Laredo, vía Monterrey, iría a comunicar con la ciudad de México. A esta vía se le sumó el Ferrocarril Internacional y más tarde el Ferrocarril del Golfo. Finalmente, una conexión ferroviaria hacia Matamoros completó la extensa red ferroviaria del noreste mexicano, en la que Monterrey era el nudo comunicante.

Ejercicio del mando

Bernardo Reyes actuó como gobernador provisional entre 1885 y 1887. Más tarde, en 1889, se desempeñó como gobernador constitucional, cargo que no dejaría hasta 1909, salvo el periodo 1900-1902, en que por licencia se hizo cargo del Ministerio de Guerra.

Fue reelecto en seis ocasiones. La reelección en el cargo fue posible una vez que en 1890 Porfirio Díaz derogó el principio de «No Reelección» del Plan de Tuxtepec; derogación que la legislatura local incorporó a la Constitución del estado en 1895.

Reyes gobernó Nuevo León con formas democráticas, pero con acciones autoritarias en lo interno, con un control absoluto de los tres poderes del estado. Hubo en consecuencia mucha tranquilidad social, pero poco desarrollo político.

En esto influyó su doble cualidad de político y militar. Por tanto, impulsaba el orden y la disciplina. El autoritarismo era ejercido como paternalismo social, recibiendo el consenso de sus habitantes.

Para Porfirio Díaz los gobernadores –Reyes incluido– no eran simples instrumentos de su persona, sino que actuaban con amplios márgenes de iniciativa propia, pero siempre en el marco de su indiscutible alineamiento al presidente. Le eran informantes y consejeros. Conciliaban en los conflictos locales, guardaban la paz y fomentaban el desarrollo económico.

Reyes y Díaz mantuvieron una relación de mutua cooperación e interdependencia. La lealtad del gobernador de Nuevo León llegó al extremo de sacrificar sus propios intereses, como cuando quiso aspirar a la presidencia de la república.

Envejecimiento del porfiriato

Al inicio del siglo XX era un hecho el envejecimiento del régimen político en México. Para evitar la erosión y el descrédito, en 1908 tuvo lugar la famosa entrevista periodística entre James Creelman y Porfirio Díaz, en la que este último declaró que el país estaba ya preparado para la democracia, especialmente en la sucesión presidencial. Con esto quería aparecer como el guardián de la democracia mexicana y de que su gobierno no era una dictadura.

La entrevista provocó un inmediato despertar de inquietudes políticas en el país. De ello se lamentó Díaz, quien guardó silencio sobre sus declaraciones, causando mayor crítica. A fin de ganarse la gracia del presidente, Bernardo Reyes declaró en favor de éste, al asegurar que su presencia en el poder era imprescindible para la estabilidad del

país. Y es que resultaba claro que la vía para suceder a Díaz era a través de la vicepresidencia en los nuevos comicios.

Y, en efecto, en noviembre de 1908, el Círculo Nacional Porfirista anunció la nueva reelección de Díaz, lo que detonó la lucha política por la candidatura a la vicepresidencia.

Militancia de los claveles rojos

Al abrirse una posibilidad de cambio de régimen, se gestó un movimiento electoral en favor del general Bernardo Reyes, cuyos miembros se inspiraban en el resentimiento por la dictadura de Díaz, como si Reyes no fuera producto de ella.

Aún así, el movimiento nació como una tendencia dentro del mismo porfirismo, sin vínculos con los liberales revolucionarios, socialistas o anarquistas. O como Reyes afirmaba, había que hacer el cambio «desde adentro» del mismo sistema. Así las cosas, se formó el Partido Democrático en 1909, para servir de plataforma al reyismo, a pesar de la negativa formal del propio Reyes de ser impulsado a la candidatura a la vicepresidencia.

La actividad de este partido fue la primera manifestación abierta de un grupo político ajeno al oficialismo y como símbolo representativo acostumbraron llevar un clavel rojo en la solapa.

En suma, se trataba de una propuesta de evolución, más que de una revolución política. Pero el surgimiento de una corriente electoral favorable a Bernardo Reyes causó la reacción de los Científicos que formaron el Partido Reeleccionista, para repetir la fórmula de Ramón Corral como candidato a la vicepresidencia. Para ello contaban con el apoyo político de secretarios de Estado, gobernadores, senadores y diputados. El propósito era impedir la candidatura de Bernardo Reyes y llevar a Corral al frente de la vicepresidencia y así asegurar la sucesión presidencial.

Además, Corral fungía como secretario de Gobernación, situación que le permitió organizar al nuevo partido, así como obstruir a los reyistas.

Al final, en abril de 1909, Díaz se inclinó definitivamente por Corral. Posiblemente, porque recelaba de la popularidad de Bernardo Reyes. Ante estos hechos. Reyes mantuvo un silencio sepulcral, ante el desconcierto de sus seguidores.

La revolución y Reyes

Mientras que Bernardo Reyes se mantenía alejado del país, en la primavera de 1910 el Partido Reelectionista había logrado avances importantes, en tanto que el opositor Francisco I. Madero encabezaba la candidatura presidencial.

Las elecciones se celebraron en junio y resultó vencedora la fórmula de Porfirio Díaz-Corral. Madero denunció fraude en los comicios y suscribió el Plan de San Luis, refugiándose en San Antonio, Texas, donde conjuró la revolución, el 20 de noviembre de 1910.

Reyes calculó su retorno al país, pero sin alterar su lealtad hacia Porfirio Díaz. Frente al endurecimiento del régimen, Madero se radicalizó apoderándose en mayo de 1911 de Ciudad Juárez, lo que generó un cambio total en los acontecimientos.

El resultado fue la salida de Porfirio Díaz del poder. Reyes llegó a México en junio de 1911, cuando las cosas ya habían dado un vuelco total. Francisco León de la Barra era presidente provisional y exigió la desmovilización y el desarme de los revolucionarios.

De inmediato Reyes se pronunció contra la anarquía, acusó a los Científicos y aseguró que el problema del país era político, debiendo aplicarse la Constitución de 1857. A fin de atraerlo, Madero le ofreció la cartera del Ministerio de Guerra al asumir la Presidencia, pero fue vetado por sus seguidores. Entonces Reyes dejó de dudar en postularse también como candidato. Pero las circunstancias de 1911 no eran las de 1909, ahora las aspiraciones políticas populares las encarnaba Madero, quien gozaba del prestigio de enfrentar al dictador. En tanto, a Reyes, se le veía como un viejo porfirista oportunista.

Decepción electoral y la rebelión

En medio de una gran desventaja electoral frente a la fórmula Madero-Pino Suárez, Bernardo Reyes decidió dar la pelea y se postuló a la presidencia. Con el paso de los días el proceso electoral se hizo más sórdido, plagado de acusaciones mutuas e hizo imposible una campaña libre.

Arrinconados los reyistas pidieron se pospusieran los comicios para que hubiera las garantías necesarias. Cerrado este camino, Reyes apeló a su código de honor, que lo llevó a tomar el camino de la rebelión.

Bernardo Reyes salió furtivamente por Veracruz a Nueva Orleans, a donde llegó el 5 de octubre de 1911. En su primera declaración en territorio estadounidense aseguró que en México no existían condiciones mínimas para unos comicios libres y que Madero, en vez de apartar a los Científicos, se había aliado con ellos.

Enseguida se dirigió a San Antonio, Texas, donde inició sus primeros preparativos y estableció vínculos. Debido a las presiones diplomáticas de México, el gobierno estadounidense no dejó de seguirle los pasos. Sin embargo Reyes continuó ampliando sus redes para organizar la rebelión, hacerse de armas y de los pertrechos necesarios. El plan consistía en apoderarse de la frontera tamaulipeca, para de allí iniciar el avance al interior del país.

El problema fue que las autoridades norteamericanas comenzaron a vigilar con mayor escrutinio los preparativos de rebelión de Reyes. Ante ello, cruzó el río Bravo en diciembre de 1911, y proclamó el Plan de La Soledad, que no obtuvo el eco deseado. Así, Reyes deambuló por los montes sin que ningún grupo se adhiriera a su causa, hasta que se entregó a las autoridades en Linares y fue remitido a prisión en la ciudad de México.

Muerte frente a palacio nacional

Encarcelado en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, Bernardo Reyes estaba exhausto, abatido y sin recursos económicos. Pronto la vida en prisión lo abrumó y enfermó de malaria. Enseguida un tribunal militar lo acusó de sedición, cuya sentencia podía terminar en fusilamiento. Presto, preparó su defensa, solicitando que por ser militar retirado, fuera del servicio activo y sin mando de tropas durante su rebelión, debía ser juzgado bajo las leyes civiles. Sin embargo, el tribunal militar confirmó la acusación y lo puso a disposición de una corte marcial.

En tanto Bernardo Reyes esperaba el pelotón de fusilamiento, la Presidencia de Madero se hundía por la incapacidad y las conspiraciones —especialmente entre la antigua oligarquía porfirista y algunos miembros del ejército—. El país estaba al borde de la anarquía, con descontrol en un tercio del país, donde se suspendieron las garantías constitucionales.

Entonces surgió una conspiración a cargo de Félix Díaz y Manuel Mondragón, quienes enteraron a Reyes de sus intenciones. Para enero de 1913 la confabulación estaba a punto de fraguar. El punto de maduración fue el traslado de Díaz desde Veracruz a la penitenciaría de Lecumberri. Reyes aconsejó dar el golpe cuanto antes. El plan era su liberación y la de Díaz, además de la toma del Palacio Nacional con la aprehensión de Madero.

El día clave sería el 9 de febrero, con la pretensión de establecer un gobierno provisional con la concurrencia de todos los elementos revolucionarios para evitar desórdenes y cumplir con las promesas incumplidas por Madero. Reyes fue liberado al amanecer de ese día, pero el gobierno advirtió que algo pasaba. Sin el elemento sorpresa, el golpe parecía estar condenado al fracaso, porque, además, los conspiradores no se dirigieron a Palacio Nacional –donde el general Lauro del Villar tomó el control del inmueble– sino que fueron a liberar a Díaz.

Ya en el Zócalo, y al ver la línea de tiradores apostados frente a Palacio Nacional, los rebeldes se intimidaron, salvo Bernardo Reyes, quien –a pesar de las advertencias de que sería masacrado– avanzó solo en su caballo «Lucero» y cayó herido de muerte a la primera descarga. De este modo se da inicio a lo que conocemos como «Decena Trágica».

Soluciones al problema del agua

Sujeta a un viejo aprovisionamiento de agua, con la industrialización en marcha, la ciudad de Monterrey comenzó a padecer la escasez del líquido. De ahí que en 1904 se autorizara la construcción de un sistema de agua y drenaje para la ciudad, a cargo de una firma canadiense, cuyas condiciones debieron ser explicadas al propio presidente Díaz.

La concesión se firmó por cuarenta años, con una inversión de 3.2 millones de pesos para su construcción. Técnicamente la obra consideró explotar el manto acuífero localizado en San Jerónimo, a 14 kilómetros al suroeste de la ciudad. Después, incorporó el aforo de los manantiales localizados en el paraje de la Estanzuela, sobre el cañón del Huajuco.

En otro orden de cosas pero ligadas al factor del agua y el creciente urbanismo, al final de la época de Reyes se experimentaron los terribles efectos del huracán de agosto de 1909. El gran problema fue que los torrentes que colectó el río Santa Catarina –un afluente, además, no canalizado y con vueltas y salientes en su cajón– arrasaron con barrios completos de la ciudad, sobre todo aquellos situados en las márgenes del río, como el barrio de «San Luisito». Las víctimas fueron numerosas, y la tragedia marcó los anales de la capital del estado.

Una frontera para Nuevo León

Al arribo del general Bernardo Reyes al gobierno de Nuevo León, uno de sus objetivos fue fijar en definitiva los límites de la entidad, así como hacerla formalmente fronteriza.

Además del aspecto administrativo, el asunto de los límites y el acceso de Nuevo León a la frontera con los Estados Unidos significaba para Bernardo Reyes cumplir con una encomienda política de Porfirio Díaz. Esto debido a que podría promover desde Monterrey juicios de extradición contra los disidentes mexicanos que abundaban en el sur de Texas, especialmente en Laredo.

Allí residía el doctor Ignacio Martínez, férreo opositor a Díaz y editor de *El Mundo*, un periódico radical que incitaba a la rebelión contra el régimen en México. Por tal motivo, ante las trabas legales para repatriarlo, fue asesinado –sin que se lograra capturar a sus victimarios, aunque se dijo que eran testaferros del general Reyes–; más tarde, sus seguidores Paulino Martínez y Catarino Garza emprenderían un intento de rebelión en el norte de Tamaulipas y Nuevo León, movimiento que acabó por frustrarse.

No obstante, resuelta la permuta territorial con Coahuila, Nuevo León accedió a la frontera internacional. Entonces el gobernador Reyes procedió a la fundación de la congregación de Colombia en 1892. Fue llamada así en honor de Cristóbal Colón, al cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Un estilo de gobernar

La ley, el orden y la justicia fueron los primeros objetivos de Bernardo Reyes. Y para que no quedara duda, construyó una imponente penitenciaría estatal, cuyo modelo de funcionamiento para la rehabilitación de los condenados fue pionero en el país. Aún así, se conservó la pena de muerte. También desarticuló el contrabando por medio de la Gendarmería Fiscal y combatió a la disidencia política radicada en Texas.

En política interna, Reyes alentó la creación de clubes políticos como un mecanismo para dismantelar a los antiguos grupos opositores. Del mismo modo recurrió a la propaganda política a través de *La Voz de Nuevo León*, periódico fundado en 1888 como vocero oficial. Para consolidar su control, fundó el *Club Unión y Progreso*, con lo que logró la selección de quienes ocuparían los distintos cargos públicos en la entidad. En las elecciones se recurría al fraude, no obstante el proceso terminaba legitimado. Reyes también mantuvo el control sobre el Congreso local –las listas de candidatos a una curul las aprobaban tanto Díaz como Reyes– y los gobiernos municipales.

Por otra parte, en el rubro de las finanzas estatales imperó la honestidad y la eficiencia. La recaudación de impuestos dio solidez financiera al gobierno local; sin aumentar las tarifas, se apostó al incremento de la riqueza y del desarrollo económico. Las cifras

revelan que en 1885 se recaudaban unos 92 mil pesos, mientras que para el quinquenio 1900-1905 las rentas aumentaron de 265 mil pesos a 367 mil.

Con tales recursos Reyes impulsó la construcción de escuelas, alcaldías, acueductos, plazas y otras obras en todo el estado. También construyó la Escuela Normal y se hicieron mejoras al Colegio Civil. Se edificó el pabellón de tuberculosos del Hospital José E. González. Se erigió la estatua de Miguel Hidalgo, se trazaron las avenidas Unión y Progreso y se construyó el Teatro Juárez. La más importante obra fue, a todas luces, el nuevo palacio de gobierno.

Visita de Porfirio Díaz

En 1898 y en el pleno cenit de Bernardo Reyes al frente del gobierno, el presidente Porfirio Díaz visitó Monterrey. El gobernador encabezó los preparativos, redactando incluso los lemas de los arcos y estandartes que engalanarían la ciudad.

Al presidente se le recibió en los límites con Coahuila, acompañado por los viejos generales Naranjo y Treviño, y arribó a Monterrey el 19 de diciembre, donde lo ovacionaron siete mil personas.

Durante su estancia de cuatro días en la capital del estado, Díaz mantuvo encuentros con los hombres de negocios y visitó edificios gubernamentales, la penitenciaría, fábricas y refinerías.

Como culminación de su visita, el presidente estuvo presente en un baile de gala en el Casino Monterrey. Pero el acto políticamente más trascendente fue un banquete ofrecido a Díaz en el Teatro Juárez, donde éste dio un espaldarazo a Bernardo Reyes por su obra en Nuevo León, dejando entrever la posibilidad de que se convirtiera en su sucesor, al decirle: «general Reyes, así se gobierna, así se corresponde al soberano mandato del pueblo».

Ministro de guerra

Al morir Felipe Berriozábal en 1900 como ministro de Guerra, el presidente Porfirio Díaz dispuso que Bernardo Reyes asumiera el cargo. En tal desempeño se enfrentó con problemas de corrupción, baja moral entre la tropa, falta de presupuesto y poca preparación castrense.

Enseguida impulsó reformas al servicio militar. Aumentó los sueldos, definió las jurisdicciones militares y construyó almacenes de guerra. También fomentó la instrucción en el Colegio Militar y se alfabetizó a la tropa. Obtuvo la autosuficiencia de

municiones y mejoró el servicio médico y veterinario. En la Marina adquirió cuatro cañoneros.

En la parte operativa, se efectuaron campañas «civilizadoras» contra yaquis en Sonora y contra los mayas en la península de Yucatán. A sugerencia suya se creó en 1901 el territorio de Quintana Roo.

La decisión más importante de Bernardo Reyes como ministro de Guerra fue la formación de la Segunda Reserva del Ejército Mexicano. La propuesta fue aplaudida entre la juventud, por lo que su reclutamiento tuvo un éxito inmediato, experimentándose en el país un gran fervor patriótico.

Sin embargo, la creciente popularidad de Bernardo Reyes causó los temores del grupo de los Científicos, al considerarlo un militarista ambicioso encaminado a suceder a Porfirio Díaz. Se inició entonces una campaña de desprestigio que llevó a Reyes a cometer errores políticos, de ahí que el presidente dispusiera su remoción del cargo y su retorno al gobierno del estado de Nuevo León, a fines de 1902.

Los opositores de Reyes

Cuando en 1902 Bernardo Reyes retornó al gobierno de Nuevo León, sus opositores pensaron que era un hombre políticamente acabado. De hecho, durante su ausencia, y al amparo del viejo general Naranjo, se crearon clubes políticos opositores. Al año siguiente, Díaz tardó en aprobar la reelección de Reyes, y para verse demócrata, permitió mayor libertad política en la contienda electoral, lo que aprovecharon los Científicos, quienes desde la capital del país alentaron a los opositores del gobernador.

Así, comenzaron los conflictos pre-electorales con estudiantes insurrectos e insultos públicos al gobernador. Para afinar su estrategia, sus opositores se agruparon en la Gran Convención Electoral Nuevoleonesa, que eligió al abogado Francisco E. Reyes como su candidato. Se impugnaba a Bernardo Reyes por no ser nuevoleonés y ser militar activo, lo que contravenía la Constitución de Nuevo León. Además rechazaban su continuismo.

El punto álgido finalmente ocurrió el día 2 de abril, cuando ambos grupos se manifestaron. Los opositores se reunieron en la alameda, desde donde avanzaron a la plaza Zaragoza, y al confundirse con los reyistas y la policía local, sonó un tiro y pronto se desató una balacera. El resultado fue de varios muertos y numerosos heridos de ambos bandos, sin que se supiera a ciencia cierta quién había sido el verdadero responsable. Como era previsible, la oposición culpó al gobernador a través de un «Manifiesto a la Nación», lo que desató la represión, el encarcelamiento de sus líderes

y la huída de su candidato a la gubernatura. No obstante, lograron acusar a Reyes ante el Congreso de violar las garantías individuales, atacar la libertad electoral y cometer diversos delitos del orden común. Sin embargo, Reyes fue absuelto para ser más tarde reelegido.

Reyes y la masonería

Durante el siglo XIX, un número importante de políticos y gobernantes de México formó parte de logias masónicas. Aunque Reyes había rechazado la masonería en Nuevo León en agosto de 1890, por considerarla una asociación de «agentes vulgares, interesados en escapar de la persecución política o en obtener puestos en la administración», años más tarde se incorporó al rito. Ya para 1905 fue electo gran maestro de la gran Logia de estado de Nuevo León y estableció el Gran Templo en la calle de Escobedo. Dentro de la masonería también desempeñó el cargo de gran inspector soberano de las logias del Valle de México y delegado del Supremo Consejo del Antiguo y Aceptado Rito Escocés en la ciudad de México.

Se cuenta que Reyes tenía «encima de su cama un Cristo de marfil que destacaba sobre el terciopelo oscuro del cortinaje», y rogó a su esposa que no insistiera en dar una enseñanza religiosa a su hijo Alfonso; en consecuencia, éste no hizo la «primera comunión», pero el recuerdo del Cristo de marfil obsesionó al joven escritor por lo menos hasta 1914.

ECLIPSE POLÍTICO Y DESTIERRO

En el verano de 1909 la agitación política aumentó, y aparecieron nuevos clubes reyistas, empeñados en hacer conciencia de la importancia del voto. También se hicieron exhortos para formar clubes políticos al grito de «ahora o nunca», generándose movilizaciones en todo el país. Pero el propio Reyes no se definía, de modo que sus seguidores tenían un movimiento pero no un candidato. Y lo peor, cuando debió emitir su parecer, Reyes se manifestó por apoyar la decisión de Díaz de acompañarse de Corral en su próxima reelección.

En un desesperado intento por hacerlo reaccionar, el Partido Democrático convocó a una convención en Monterrey en el mes de julio, por lo que Reyes, para no comprometerse, viajó a la zona serrana del estado. Esta actitud le valió la suspicacia de sus detractores, que veían en ese acto los preparativos de una rebelión, lo que en realidad no dejó de pasar por la cabeza de Reyes.

El colofón fue su remoción del gobierno de Nuevo León y el destierro. Así, se le ordenó que entregara el gobierno al general José María Mier –pidiendo un permiso indefinido a la legislatura para separarse de sus funciones–. El 29 de octubre se anunciaba su partida a Europa, donde desempeñaría la misión de estudiar los sistemas de reclutamiento en los ejércitos europeos.

A su llegada recibió toda clase de honores, especialmente en Francia, donde se le dio el mando de varias unidades de caballería durante unas prácticas de guerra. Rubén Darío lo describió como un hombre sencillo y culto, arrogante como militar y amante de su patria.